

# ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA

*Bel/11*  
*1887*



LA PUBILLA



# SUSCRICION

Semestre. . . 3 Ptas.  
Año. . . . . 5'50 id.  
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.  
ESCUDELLERS 5, 7 y 9  
Barcelona

Núm 26

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 3 Marzo 1887

Año I

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de peseta  
y 15 los atrasados.

De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cent. de peseta \* Núm. suelto 10 cent. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

## EL ARTE DRAMÁTICO

Grande alboroto ha levantado durante estos días la prohibición de un drama que debía estrenarse en uno de los teatros de la Corte. Tan fuerte fué la marca, que hasta se llegó á temer que el Ministerio naufragase en ella. Pero ¡cosas de españoles! se han echado una docena de discursos, y todo ha vuelto á quedar tranquilo como una balsa.

No entra en la índole de nuestro periódico disertar acerca las excelencias y desventajas de los sistemas represivo y preventivo, los cuales puestos en práctica de una manera absoluta pueden hacer realizables crímenes como el de la calle del Turco, y deportaciones como las de las célebres cuerdas de Leganés.

Dejando pues para la gente política el controvertir tales materias, digo que el Círculo Artístico y Literario ha discurrido bien al pedir que se legisle y reglamente de una manera explícita y franca con respecto al arte dramático, para que no suceda, que un autor contando que su inspiración y su pluma no tienen otras cortapisas que el Código Penal, se derrita los sesos escribiendo una obra, y al terminarla, y cuando espera cosechar el fruto de su trabajo, se encuentre con una autoridad que le diga, «¡Pues V. se queda sin comer por la fatiga!»

A decir verdad, yo no soy ni pizca partidario de la absoluta libertad que por algún tiempo se viene concediendo al teatro.

*Macarronini I*, y *La Carmanola*, por igual me revuelven el estómago, no porque sean ni dejen de ser la condenación de estos ó aquellos partidos, sino porque sin perseguir ninguno de los puros ideales que constituyen el alma del arte, sirven únicamente para prostituirlo y encender pasiones contrarias al buen orden social. Cosas mas atrevidas que Sellés en su *Nudo Gordiano*, que Echegaray en su *Gran Galeote*, y que Cano en su *Trata de blancos*, nadie las ha dicho en España, y sin embargo podrá cualquiera disentir y abominar de los principios que en dichas obras se preconizan, pero siempre las escuchará con deleite y admiración porque en ellas encarna el *quid divinum* del arte.

Alguna vez llevado sin duda de mala tentación me ha ocurrido entrar en un teatro de

segundo ó de tercer orden, y allí he visto sobre la escena cosas, y he oído frases asesinas del pudor, que eran recibidas con ruidosas palmas de entusiasmo por el público. Y si aun se hubiese descubierto en ellas gracia, habilidad, ó chispa de ingenio! Pero, no señor; se espetaban cruditas, con el mayor desparpajo, y en versos cojos unos, embutidos otros, desbalazados y macarrónicos todos, así como quien suelta un trabucazo. ¿Qué más? Casos ha habido en que la osadía ha rayado á tal punto que se ha anunciado *La vida es sueño*, ó *D. Alvaro*, con un acto más añadido á los escritos por Calderon ó el Duque de Rivas. Dígase si permitir esto, no es consentir que se escupa en el pedestal de nuestras mayores glorías. Dígase si á título de libertad se puede permitir tamañas profanaciones.

Para tener un teatro escuela de inmoralidad, y cenáculo de mal gusto, más valiera no tenerlo.

El que quiere levantar una casa ha de presentar los planos á la Corporación Municipal para que los examine y apruebe, á fin de que nadie llevado de un capricho extravagante pueda jamás afean con un adfesio la vía pública.

Pues si así se protege la belleza del arte arquitectónico, ¿porqué no se ha de prestar protección igual al arte dramático? Si tanto se cuida del decoro de la construcción urbana, porque no se ha de cuidar del decoro de nuestras costumbres públicas?

No se tolera un albañal dentro el casco de la ciudad, porque podría envenenar los cuerpos; y no obstante se tolera una comedia indecente que pervierte los corazones.

Como no hay arquitecto que se sienta molestado porque se sujeten sus planos á un inteligente examen previo, á buen seguro que tampoco se considerarían deprimidos nuestros buenos escritores por que debiesen sujetarse las obras dramáticas antes de su estreno, al examen de quien tuviese facultades para negar el *exequatur* á las que escarneciesen la retórica, el idioma, y la honestidad.

De esta suerte no temblaríamos si fuésemos al teatro acompañando á nuestras esposas, ó á nuestros hijos, ni tendríamos que presenciar como cualquier ignorante mal educado coje el puñal de Melpómene para herir, entre las carcajadas de un público que embrutece, nuestro glorioso teatro nacional.

JUDAS TADEO



## MI TESTAMENTO

En nombre de Dios, amen.  
Yo Juan, ciudadano honrado,  
habiendo determinado  
salirme de este belén,  
Con entera libertad  
y cabal discernimiento  
otorgo este testamento  
y postrera voluntad.

Ante todo perdon pido  
á los que mi ira ofendió;  
esto es, á aquellos que han sido  
más indigentes que yo.

Declaro que me casé  
con D.<sup>a</sup> Perversa Estrella,  
y tuve una hija con ella  
á quien Misericordia llamé.

Con su caracter acedo  
me ha dado disgustos mil;  
por tanto la desheredo  
por hija rebelde y vil.

Quiero (pues no he de querer)  
que en mis deudas se haga paga,  
y hará el alma que tal haga  
lo que nunca pude hacer.

Lego dos mil sinsabores  
en restitución cumplida,  
á la persona querida  
á quien hice más favores.

Lego á la niña inconstante  
mi corazón, en razón  
de que no diga su amante  
que no tiene corazón.

Como mucho al sabio aprecio,  
á aquel que lo es verdadero  
le lego un traje de necio  
para que gane dinero.

Dejó mi único colchón  
y dos sábanas de tela  
al que sea mas ladrón  
de toda mi parentela.

Ya que también el taimado  
me los robaría al punto  
de contemplarme difunto,  
así le ahorro un pecado.

Lego mi filosofía  
al que no me llorará,  
porque este al menos será  
quien no use de hipocresía.

A mis enemigos lego,  
por ser muchos, un doblon,  
para que en la partición  
se den puñadas de ciego.

Pues nunca oyeron mis cuitas  
y temo que sean sordas,  
lego á las almas benditas  
mis orejas, y son gordas.

No quiero misas, y es llano,  
pues tantas veces ¡oh egoísmo!  
me rompieron el bautismo,  
que dudo si soy cristiano.

Dejo al tuno con sus tretas,  
á la mujer con sus farsas,  
y á los ricos por comparsas  
les dejo los pobres poetas.

Como todos los demás  
bienes que al fallecer dejo  
se reducen nada más  
que á mi arrugado pellejo,

Por heredero instituyo  
al mismo diablo, y así  
pues que á él mil veces me di  
solo adquirirá lo suyo.

Para que cumpla puntual  
y forme exacto inventario

sin que á ningún legatario  
se le defraude un real,

Albacea mío elijo  
á hombre que no tenga padre,  
ni esposa, ni hermano, ni hijo,  
ni perrito que le ladre.

Esto ordeno y esto quiero  
por vía de codicilo,  
á treinta y uno Febrero  
que es el día mas tranquilo.

Por la copia, JOSÉ SALES.

## El último día de la libertad

(Continuación)

DRUSILO.—¡Cuan diferente de tan monstruosa ferocidad, la clemencia de Bruto! El pueblo griego que levantó su estatua enfrente de las de Hermodio y Aristógiton, libertadores de Atenas, proclama sus virtudes, al par que las ensalzan los habitantes de Tarso. No; Bruto no ha convertido su espada de general, en cuchilla de verdugo.

ESTRATON.—Y sin embargo, ahí está fujitivo y abandonado, y allá los asesinos envueltos en mantos de púrpura reciben el incienso del sacrificio al són de los aplausos de Roma.

(Un soldado desciende de lo alto de la peña, y dirijese precipitadamente á Bruto.)

SOLDADO.—Bruto; gran golpe de gente enemiga entra en el valle. La he visto al fulgor de las estrellas. Viene á prenderte. ¡Huye!

BRUTO.—(Levantándose, y como hablando consigo mismo.)—¡Qué hermosa noche! Cielo azul sin nubes; estrellas relumbrantes como gotas de oro inflamado; aire que susurra como un interminable suspiro de amor; perfumes que vuelan por el aire, esparciendo dulcísima embriaguez; calma placida convidando al más blando reposo.... ¡Qué hermosa noche! ¡Oh, muy hermosa! ¡Con que armonioso ritmo van las esferas rodando por la inmensidad! ¡Cómo corren los arroyuelos murmurando regocijadamente por entre el cobrínaje de flores que los entoldan! ¡Oh! Ni un ave talta en el nido, ni una perla de rocío en la hierba. Cualquiera diría según sonríe el cielo, que aquí nadie llora; y sin embargo, un poco más de luz, y se verán charcas de sangre; la luz de mil soles, y no atravesarán sus rayos la negrura infinita que sobre la humanidad se ha derrumbado. Y he quedado yo para testigo de tanta ignominia! ¡Ah! Casio, mi dulce hermano, qué feliz, libre ya de la amargura que me ahoga! ¿Y tú, Ticinio, por qué me dejaste, amigo del alma? Meneas, dónde está tu fuerte brazo que tantas veces me estrechó con ternura cuando niño jugaba á la sombra de tus jardines? Valeroso Lucilio, alma heroica, por qué no acudes á fortalecerme en este horrible trance, como me fortalecía tu ejemplo en los campos de batalla donde te dejo sacrificado á mi amor? Decio, Rutilio, Prandonio, Inex, Valerio, Sulpicio, pedazos de mi corazón, compañeros míos en cien gloriosas luchas, ¡ay! ¿quien dijera que vuestros pechos que llenaba el amor á la libertad, servirían de nidos á los alimañas de los bosques! Sombras queridas, venid á mí, y arrebatadme de esta tierra que el crimen mancha. Ay de mí ay de mí que de la gloria y grandeza romana no queda ya más que un montón de cadáveres hollados por los caballos de la tiranía. Maldito sea el culpable de tanto mal!

DRUSILO.—Bruto, oye. Los soldados de Antonio nos han descubierto, y vienen hacia aquí apresuradamente. Huyamos.

BRUTO.—Huid, salvaos, queridos compañeros.

GALBINO.—Y huye tú con nosotros. No hay momento que perder.

BRUTO.—Huiré, pero con las manos. Estratón, mi fiel amigo, no llores. Ven, conmigo.





LA GENTE DEL BRONCE



DRUSILO.—(*Viendo que Bruto sube á lo alto de la peña seguido de Estratón.*)—Qué camino vás á seguir, Bruto:

BRUTO.—El más breve. Ven, Estratón.

GALBINO.—Nuestros perseguidores trepan ya por estas rocas. Huyamos, amigos.

BRUTO.—Adios, últimos restos del valor romano!

(*Todos se dan á la fuga derramándose por la vertiente opuesta de la abrupta loma, y desapareciendo por entre los matorrales del valle.*)

ESTRATÓN.—Mi amado, Bruto. Aquí estoy; ¿qué pretendes?

BRUTO.—Darte mi último abrazo, y libertarme.

ESTRATÓN.—De qué modo?

BRUTO.—Así. Desenvaina tu puñal; pón el mango sobre tu pecho. Ahora déjame que te abrace.

ESTRATÓN.—¿Que haces? Detente. Yo bañarme en tu sangre? ¡Que horror! Bruto! Bruto!

BRUTO.—Estratón! Pídotte el dulce consuelo de morir sobre tu corazón. Ea; la muerte es el mejor bien para mí; no me lo niegues.

ESTRATÓN.—(*Cubriéndose el rostro con una mano, y presentando con la otra la punta de la daga.*)—Maldigan los Dioses! Bruto, perdóname.

BRUTO.—Estratón! al morir, bésame.—(*Con amargo grito.*)—Virtud, nombre vano; libertad, sombra fugaz, juguete del destino ¡ay! yo creía en vosotros! (*Se precipita sobre el arma que empuña Estratón, y cae ultravesado.*)

ESTRATÓN.—(*Gritando con horrible voz.*)—¡Soldados de Marco Antonio! venid á dar sepultura á la libertad de Roma!

(*Los pretores del triunviro llegan en tumulto, y al ver el cadáver de Bruto, se paran un instante con respeto.*)

UN LEGIONARIO.—¡Cortad esa cabeza, y llevadla á los pies del vengador de César!

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑA.

## Carta de un señorito que desea perder la condición de tal

Señorita, yo-era ayer  
antes de ver su hermosura,  
por mi gallarda figura  
un muchacho de buen ver.

Por mi dicha, ó mi mal hado  
en la calle la encontré,  
y desde entonces quedé  
completamente *estropeado*.

Si, porque por mis enojos  
diome el amor un pellizco  
al mirar sus lindos ojos,  
y, vamos... me quedé *vizco*.

En vano, para mi mengua  
quise rendirle un saludo;  
pues se trabucó mi lengua  
y me quedé *tartamudo*.

Desde aquel día no engordo,  
y me marchito y me aviejo,  
y en fin á todo consejo  
por V.; niña, soy *sordo*.

De esta manera me veo  
sin amigos que me aláben,  
puesto que dicen que saben  
todos del pie que *cojeo*.

Con tal amor me embarranco,  
y estoy hecho un chirimbolo,  
de modo que ya tan solo  
me falta quedarme *manco*.

Y á serlo estoy decidido,  
pues, señorita, me allano  
á entregarle á V. mi mano  
si me acepta por marido.

## LA TARJETA EQUIVOCADA

### CAPITULO I

Antonio acababa de llegar de una partida de caza que le había tenido ocho días ausente de su hogar. Mientras colgaba el zurrón y se cambiaba el traje, su esposa Emilia le dijo:

—A que no adivinas quién vino ayer á visitarme?

—Yo que sé! contestó Antonio con aire indiferente.

—Pues nada ménos que tu amigo Crisanto.

—¿Qué dices? exclamo Antonio alborozado. Crisanto aquí? Oh! qué alegría. Dime: qué te contó?

—Dijome que había venido porque le telegrafiaron que una casa de esta ciudad, con la cual está en relaciones mercantiles, iba á declararse en suspensión de pagos, y que esperaba dejar por toda la mañana de hoy arreglados sus negocios para marcharse esta tarde.

—Irse? Cómo es eso! No será sin que le rompa los huesos para obligarle á que se quede un mes con nosotros. No faltaba más. Y ¿sabes dónde se aposenta?

—Aquí dejó su tarjeta despues de anotar en ella las señas de su habitación.

—La tarjeta? Dámela. Ya le enseñaré yo á ese tunante á hospedarse en otra parte que en mi casa.

Y diciendo esto, cojió la tarjeta de Crisanto, colocóla en su cartera, y se marchó como perro con maza.

### CAPITULO II

Disparado iba nuestro hombre por la calle repartiendo codazos y pisotones, cuando al revolver una esquina chocó tan violentamente con un capitan de caballería que por poco lo derriba.

—Es V. ciego? gruñó con enojo el militar.

—Seguramente, pues he tropezado con un asno; respondió Antonio mientras recojía el sombrero que con el tropicón se le había caído.

—Ese insulto....! gritó el capitan cojiéndole de un brazo.

—Es favor que á V. le hago; repuso Antonio desahuciándose del capitan con una sacudida.

—Si es V. caballero, dijo éste, no tendrá inconveniente en darme su tarjeta.

—Tome V.; dijo Antonio sacando precipitadamente una de su cartera. Y se marchó sin esperar que el ofendido le entregase la suya.

### CAPITULO III

Al trote largo, y como si nada le hubiese acontecido siguió nuestro hombre su camino. De repente se paró.

—Pero, botarate de mí! dijo: Si no he mirado dónde vive Crisanto! Y al decir esto sacó la cartera. Pero ¡oh! desgracia! la tarjeta ya no estaba allí. La había entregado al militar.

Antonio se pegó con rabia dos puñetazos en el sombrero. Qué hacer? Buscar al capitan para desvanecer el error, no era posible, porque ignoraba su domicilio, y por la misma razón tampoco podía advertir á Crisanto el compromiso en que acababa de ponerle.

Más de un cuarto de hora estuvo corriendo calles y rascándose la frente en busca de solución al intrincado problema que tan inopinadamente se le había ofrecido, cuando de pronto dió una patada al suelo, exclamando:

—Eureka! ya lo encontré!

### CAPITULO IV

Dos horas no habían trascurrido despues de este suceso, cuando mientras arreglaba Crisanto la maleta para marcharse á Logroño, el criado de la fonda le anunció que dos caballeros pedían por él.

—Será Antonio alguno de ellos; pensó alegremente Crisanto, y luego dijo en alta voz: ¡Que entren!

Sorprendido quedó el buen Crisanto al ver que nin-



uno de los dos visitantes era persona conocida. Sin embargo, los recibió con la amabilidad que le era característica.

Una vez sentados todos, uno de los recién llegados, que se hacía notar por sus desmesurados bigotes, tomó la palabra y dijo:

—Somos los padrinos del capitán Barranco.

—Lo celebro. En qué puedo servirles?

—Ya presumirá V. á lo que venimos.

—Si Vds. no se explican.....

—Cómo! Se chulea V.?

—De ningún modo. Hablen Vds. y podremos entendernos.

—El señor tendrá mala memoria; dijo el otro compañero. Se ha olvidado V. del lance de esta mañana.

—Qué lance es ese?

—No es V. D. Crisanto Catavientos?

—El mismo soy.

—Pues V. es la persona que buscamos.

—Pero para qué? Sépalo yo de una vez!

—Pues para lo que cualquier otro después de lo sucedido se hubiera figurado ya. Para que V. escoja padrinos concertemos las condiciones del duelo.

—Qué duelo? Caballeros, tengo el sentimiento de deles que no puedo seguir perdiendo un tiempo que go me faltaría para alcanzar el tren.

—Hola! hola! se marchaba V.?

—Si señor, y me marcharé, porque á nadie creo que le importe.

—Cómo que no importa? gritó el de los grandes bigotes. Ya verá V. la manera que tengo de arreglar esas cosas? Mire V.; mañana á las cinco de la madrugada véngase V. con dos amigos detrás de las tapias del cementerio. Allí le esperaremos con el capitán Barranco. El duelo será á pistola, á veinte pasos, avanzando y disparando á discreción. Si V. no acude al sitio, vendremos á buscarle á Logroño: aquí en esta tarjeta tenemos las señas de su domicilio. Con qué, por advertido, y hasta mañana.

Dicho esto, salieron los dos padrinos dejando al pobre D. Crisanto clavado en su sillón.

## CAPÍTULO V

El pobre que jamás se había visto en semejantes tratos; después de invocar todos los santos de su devoción, y de agitar su pensamiento en un mar de confusiones, imaginó que lo más acertado sería ir á encontrar á Antonio para que le sacase de aquel terrible atolladero.

En efecto, corrió desalado á casa de su amigo.

—Don Crisanto! V. por aquí? Cuánto placer! exclamó Emilia en cuanto le vió.

—Perdone V. señora. Ha vuelto Antonio?

—Si señor, esta mañana.

—Donde está? Necesito verle.

—Jesús! Que tiene V.? Le pasa algo?

—Señora! por todos los santos del paraíso, lléveme V. á donde está su esposo.

—Mire V. que casualidad. Ha salido para visitar á V., pero por el camino perdió la tarjeta, y como no recordaba las señas de su domicilio, ha vuelto y me ha dicho que no le esperase hoy, á causa de una urgencia que le ha salido. El es así.

D. Crisanto cayó desmayado en un sofá!

## CAPÍTULO VI

No había remedio. Era preciso latirse. Pero D. Crisanto no conocía el manejo de arma alguna, y esto le ponía los pelos de punta. Además las condiciones del duelo eran terribles.

En los trances apurados es cuando asaltan los grandes recursos. Y D. Crisanto estaba apuradísimo; lo cual indica que no podía faltarle alguna idea luminosa. Y en efecto no le faltó. Después de agitarse mucho en el sofá en que se tendiera, dióse una fuerte palmada en la fren-

te, y salió presuroso á la calle, sin despedirse de Emilia que le estaba preparando una poción.

A dónde fué? Qué hizo? Cosa es esa que procuró don Crisanto tener muy callada. Pero lo cierto es que cuando se acostó, sus aspectos mostraba alguna tranquilidad. Sin embargo, aquella noche la pasó el pobre soñando cañones y bigotes erizados.

## CAPÍTULO VII

Pim! pim!

Era el camarero que á la madrugada discretamente llamaba en la puerta del cuarto de D. Crisanto.

—Ayl exclamó éste despertando sobresaltado, imaginándose haber oído el disparo de una pistola.

—Son las cuatro, y abajo hay dos caballeros que aguardan á V.; dijo el fámulo.

Vistióse precipitadamente D. Crisanto, y después de haberse aliñado algo, salió en busca de los esperantes.

—Vamos! les dijo en cuanto los vió.

—Vamos! contestaron ellos.

Y los tres salieron embozados hasta las cejas, tomando por el camino del cementerio.

Llegaron al sitio en que debía verificarse el duelo. No había allí nadie. Los embozados se sentaron en un montón de piedras sin hablar palabra. Hacía un frío de mil diablos, y D. Crisanto tiritaba. Al cabo de largo rato, un reloj señaló las cinco. Nadie llegaba.

Después se oyó una campanada que marcaba el cuarto de las seis. D. Crisanto y sus compañeros continuaban inmóviles y callados. Por fin sonó la media, y don Crisanto se levantó.

—Caballero, extienda V. el acta; dijo con voz solemne á uno de los embozados.

El aludido sacó un pliego de papel de una ancha cartera que llevaba debajo el brazo, y luego un tintero de asta, y á la luz de un farolillo que encendió el otro individuo, escribió.

Hecha esta operación, firmaron los tres personajes, y se marcharon guardando siempre el más absoluto silencio.

(Se concluirá)

## NUESTRAS LAMINAS

### LA PUBILLA

Clásico tipo de la tierra catalana es «la pubilla, que vale tanto como decir única heredera. El amor al trabajo es sentimiento tan hondo en la tierra de los antiguos condes, que con ser orgullosos de suyo «la pubilla» coje el copo de lana, lo cuelga en la rueca, y los ratos que no le absorben los menesteres de la casa los emplea en hacer bailar el huso.

### LA GENTE DEL BRONCE

Al contemplar este dibujo del Sr. Belli, cualquiera que no se que se es un aventajado y joven artista que á un sentimiento profundo de la época reúne una pasmosa habilidad en trasladar lienzo lo que siente, diría: «Una de dos, ó este señor fué un popular pintor del siglo de Carlos III que murió dejando varias obras inéditas copiadas del natural, ó es un mago que posee el don de resucitar y traer á su taller los tipos más genuinos de aquellos tiempos de la ronda de pan y huevo.»

Tanta es la fidelidad con que recuerda aquellos personajes ternos bajo cuyas capas había un corazón y una navaja de puñetas siempre á lances de amor, y aquellas mozas de rumbo en cuyos labios no faltaba jamás una sonrisa para matar, ni una trase para parar los pies del más fogoso galanteador.

### INDICIO

Yo y tú de un árbol—al pie sentados  
sobre el mullido—césped de Abril,  
permanecemos—entrelazados,  
el canto oyendo—de ave gentil.  
Siempre, alma mía,—luz de mi fe,  
de aquella tarde—me acordaré.

El sol cual disco—de oro rodaba  
buscando el suave—lecho del mar,  
y en ti mi frente—yo reclinaba  
buscando lecho—donde soñar.  
De aquella tarde,—luz de mi fe,  
eternamente—me acordaré.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.





IDILIO

Ayuntamiento de Madrid